

CARTILLAS DE DIVULGACION ECUATORIANA Nº. 34

**VISION HISTORICO - GEOGRAFICA DE LAS
TIERRAS COMPRENDIDAS ENTRE EL NUDO DE
MOJANDA Y EL RIO GUAYLLABAMBA**

FRANCISCO TERAN



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — QUITO 1982

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

FRANCISCO TERAN

**VISION HISTORICO - GEOGRAFICA DE LAS
TIERRAS COMPRENDIDAS ENTRE EL NUDO DE
MOJANDA Y EL RIO GUAYLLABAMBA**



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — QUITO 1982

VISION HISTORICO - GEOGRAFICA DE LAS TIERRAS COMPRENDIDAS ENTRE EL NUDO DE MOJANDA Y EL RIO GUAYLLABAMBA

En la clásica Geografía del Dr. Teodoro Wolf se consigna una información geográfica con la cual no estoy de acuerdo, como se demostrará en el presente trabajo. Asegura, en efecto, en la Sección VI del capítulo II que corresponde al estudio de la Región Central o Andina. intitulada La Región entre el nudo de Tiopullo y el del Mojanda y Cajas, a la que impropriamente llama Hoya de Quito, en vez de Hoya del Guayllabamba, que "desde la boca del río Pisque el Guayllabamba vira más hacia el occidente, hasta que más allá de Perucho su rumbo es casi de E. a O. Los pueblos de Puéllaro y Perucho situados sobre pequeñas mesetas, unos 300 m. encima de la orilla derecha del río, ya no pertenecen a la Hoya de Quito y se hallan en el abra de la Cordillera Occidental. En esta abra, y por largo trecho de su curso ulterior, el río de Guayllabamba no recibe sino afluentes pequeños y cortos, porque de ambos lados su valle queda estrechado entre las ramas occidentales de la Cordillera de Intag, hacia el norte y la de Cachillarta hacia el sur".

"De la descripción orográfica deducimos, concluye el Dr. Wolf, que la Hoya de Quito se compone de las siguientes secciones: 1º de la llanura de Machache, 2º el valle de Chillo, 3º el valle de Tumbaco y Guayllabamba, 4º la meseta de Quito y Cotocollao, y 5º la hoya lateral de Cayambe".

Al analizar la presente descripción orográfica de la Hoya del Guayllabamba, me pregunto, primero, la prolongada meseta de faldeo del nudo de Mojanda que se prolonga desde el río Granobles al este, hasta los barrancos en que termina el extenso llano de Malchinguí al oeste,

el cual presenta a manera de grada o repisa el llano de Jerusalén a unos 200 m. sobre la orilla derecha del río Pisque, ¿está o no dentro de la Hoya del Guayllabamba?... Y, segundo, la amplia cuenca del río Cubí, formada por un intrincado avenamiento de riachuelos y quebradas que alimentan su caudal, el cual corre paralelo a los contrafuertes sur-occidentales del nudo de Mojada, hasta desembocar precisamente en el abra del Guayllabamba, ¿corresponde o no a su hoya interandina?...

Si recordamos que hoya de un río es la región por donde corren las aguas que lo forman —en este caso, a más del Pisque, el Alchipichí, el Cubí y el Perlabí, todos los cuales tributan sus aguas al Guayllabamba antes de que éste trasmonte la Cordillera Occidental—, hay que convenir en que el ámbito geográfico donde están asentados los pueblos de Puéllaro, Perucho, Chávezpamba, Atahualpa, San José de Minas y Pataquí, corresponden a la Hoya del Guayllabamba.

No alcanzo, en consecuencia, a comprender las razones geográficas que determinaron al Dr. Wolf a excluirlas de la Hoya de Quito, como él llama a la cuenca hidrográfica del Guayllabamba.

Sin embargo de tratarse de una región tan cercana a Quito y cuya producción agrícola —y avícola ahora— surte en apreciable porcentaje al mercado alimenticio de la ciudad, es relativamente poco conocida debido a las condiciones todavía poco favorables de la vialidad, pese a los esfuerzos desplegados por el Consejo Provincial de Pichincha y por el I. Concejo capitalino, de cuyo cantón forman parte las poblaciones mencionadas, excepción hecha de Pataquí que corresponde al cantón Otavalo.

Dos vías asfaltadas que salen de Quito constituyen el punto de partida hacia la región. La primera arranca de San Antonio de Pichincha y siguiendo al norte por la meseta de faldeo de la Cordillera Occidental, llamada Tanlagua, desciende bruscamente al cañón del Guayllabamba, por peñolerías espeluznantes, por las cuales zigzaguea la carretera polvorienta hasta cruzar el río por el puente del Barranco (1.545 m.), desde el cual en corto ascenso llega a Perucho.

Le segunda vía parte del puente sobre el río Pisque (1.915 m.), que complementa la carretera que conduce a Tabacundo. Desde este lugar, la carretera polvorienta que lleva a Puéllaro, asciende a la explanada de Jerusalén, cruzándola en línea recta, de oriente a occidente, paralela

a la línea equinoccial, para luego descender a la meseta de faldeo de La Josefina, ubicada exactamente frente a la meseta de La Providencia, propiedad hoy de la fábrica La Internacional en la jurisdicción de San Antonio de Pichincha. A continuación de la meseta de La Josefina, al norte, se asienta el poblado de Alchipichí, en terrenos parcelados de la primitiva hacienda, dedicado a la agricultura intensiva y a la explotación de numerosos planteles avícolas, que le dan especial holgura económica. Luego de cruzar el riachuelo Alchipichí, de caudal íntegramente copado por las acequias que reparten sus aguas a uno y otro lado de sus orillas para la irrigación de terrenos de complicada orografía aprovechados al máximo, la carretera asciende a Puéllaro, el pueblo fructífera por excelencia hasta ayer, de clima subtropical y seco, de condiciones excepcionales para la salud.

De Puéllaro a Perucho, el Consejo Provincial de Pichincha acaba de construir el tramo de carretera iniciado en el Pisque, que en corto plazo será asfaltado.

Para quienes conocimos y viajamos por el antiguo camino de herradura que unía a estas dos poblaciones, la carretera recién construida, que corre paralela al profundo cañón del Guayllabamba, a una altura promedial de 300 m., nos parece un verdadero milagro de la técnica, que ha logrado borrar y salvar precipicios, a más de acortar considerablemente la distancia.

Las vías vecinales que enlazan a Puéllaro y a Perucho con las otras poblaciones de la zona todavía dejan mucho que desear. Ojalá la carretera Pisque-Perucho que pronto será asfaltada, pronto lo sea también hasta San José de Minas, que es la parroquia más poblada y de mayores recursos agrícolas y ganaderos, de clima templado y húmedo, cuya expansión ha sido posible gracias a la parcelación de las grandes haciendas que la rodeaban, como Pirca, Urubí, La Merced y otras. Un camino vecinal abierto sin técnica alguna que transmonta el nudo de Mojanda y la una con San José de Quichinche del cantón Otavalo, debería rectificarse y ser mejorado cuanto antes, pues las relaciones comerciales entre el sector noroccidental de Pichincha e Imbabura así lo exigen.

EL CURSO MEDIO DEL GUAYLLABAMBA

Tomando como línea divisoria el profundo cañón del Guayllabamba, el sector norte de la provincia de Pichincha se divide en la **Región noroccidental**, fuera de la hoya interandina, cuyas poblaciones más importantes son Nanegal, Nanegalito, Pacto, Mindo, P. V. Maldonado y Puerto Quito, algunas de ellas de reciente formación; y en la **Región nororiental**, de extensión más reducida, donde se asientan antiguos centros poblacionales, ubicados todos en los declives meridionales del nudo de Mojanda-Cajas y, por tanto, dentro de la hoya interandina del Guayllabamba, pertenecientes unos al cantón Cayambe y otros al cantón Pedro Moncayo, en tanto los occidentales que están de manera directa vinculados al cañón del río, forman parte del cantón Quito.

Es un interrogante que no tiene respuesta satisfactoria, la manera como cruzaban en este sector el torrencioso río los pueblos aborígenes y los primeros españoles que se radicaron en las pequeñas hoyadas y valles de la margen derecha, que brindaban posibilidades de irrigación, las cuales permitieron a los pioneros de la agricultura hispana la propagación y cultivo de las "frutas de Castilla", especialmente cítricas, y de la caña de azúcar, a raíz misma de la fundación española de Quito.

En los escasos manchones boscosos que debieron existir a modo de oasis, dudo que hubieran encontrado árboles corpulentos para la preparación de vigas suficientemente largas para tenderlas de una a otra orilla, y mucho menos las gruesas y fuertes lianas o bejucos que crecen en los bosques tropicales húmedos que facilitaban la construcción de los rústicos y primitivos puentes colgantes aborígenes, en la que fueron expertos los incas.

Corresponde ya a los tiempos coloniales, primero, y luego a los de la República, la construcción de numerosísimos puentes de mampostería unos y de madera otros, arrasados por las aguas represadas por colosales derrumbes o asentamientos de terrenos contiguos a las orillas del Guayllabamba, que al romperse corren con furia elevándose a decenas de metros de altura. A una cuadra más abajo del actual puente de la carretera panamericana, desde donde se asciende al pueblo de Guayllabamba, se observan todavía los restos de una pilastra, en la margen izquierda, del puente colonial de mampostería destruido por la crecien-

te que ocasionó una de las erupciones del Cotopaxi: las corrientes de lava que descendieron por el lado norte, al derretir parte del manto de nieve que cubre el cono, enviaron verdaderos ríos de agua helado que acrecentaron el caudal del Pita y del San Pedro, produciendo destrozos en sus orillas, de los cuales no escapó el puente aludido.

El de La Josefina, construido aguas abajo del anterior, en un lugar que parecía ideal por la estrechez del cauce, por el Ing. Alejandrino Velasco, uno de los primeros egresados de la Politécnica fundada por García Moreno (padre del Dr. José María Velasco Ibarra), que más tarde fue reemplazado por uno de hormigón, fue desbaratado no hace mucho por las aguas represadas por un derrumbo ocurrido unos metros abajo. Por aquel paso cruzaron miles y miles de viajeros que iban de Quito a Imbabura, o viceversa, salvando el penoso ascenso al plano de La Josefina y luego al de Malchinguí, si viajaban de sur a norte, o que descendían por esas descomunales gradas topográficas, a lomo de mulares o de cansinos caballares, quienes venían en sentido contrario. Algo similar ocurría en el opuesto, donde se forma la meseta de La Providencia, en terrenos de San Antonio de Pichincha.

Aguas abajo del puente de La Josefina se construyeron tres o más puentes al pie del desfiladero de Shaigua, los primeros de madera y el último de hierro, todos destrozados por las aguas represadas por los derrumbos de los deleznable terrenos sedimentarios de las playas de El Turo. Mudos testigos del esfuerzo de los hombres de Puéllaro por enlazar las orillas del turbulento río, son las sólidas y elevadas pilastras que sostenían el último puente de Shaigua (1.679 m.).

Más abajo de este sitio, los puellareños del siglo pasado construyeron un puente de madera, anterior a los de Shaigua, llamado de Cachuco, por la vecindad a unas fuentes salinas que llevan ese nombre, a orillas del río, esfuerzo efímero que sólo duró unos meses. Como siempre, las aguas turbulentas minaron sus pilastras y lo desbarataron. Huella apenas perceptible de este deseo persistentemente mantenido por los puellareños de vincularse con la capital, es el sendero zigzagueante que se mira como línea borrosa ascendiendo al llano de Tanlagua. Finalmente, unos diez km. aguas abajo, se levanta el magnífico puente de hormigón de El Barranco inaugurado en 1953 para enlazar a Perucho y San José de Minas con la capital. Como en los casos anteriores, éste

ha reemplazado a algunos otros construidos de madera destrozados por las crecientes originadas por la ruptura de las represas formadas aguas arriba por los innumerables derrumbos.

¿Cómo y por dónde cruzaban el río los aborígenes y los primeros colonizadores hispanos?, continúa siendo un interrogante al que ni la tradición ni la historia dan respuesta satisfactoria.

Actualmente, gracias a los estudios de INECEL (Instituto Ecuatoriano de Electrificación), el curso medio del Guayllabamba ha sido mejor estudiado, con el propósito de encontrar el sitio más aconsejado por la técnica para la instalación de una futura gran planta hidroeléctrica que proporcionaría energía a Quito y a los sectores aledaños de Imbabura y Esmeraldas. Tres lugares han sido examinados detenidamente para la posible construcción. El primero corresponde a la confluencia con el Pisque, cuya mayor ventaja es la de su cercanía a la capital, aunque los técnicos lo consideran el menos favorable, dado lo deleznable de los terrenos que forman los taludes del cañón, circunstancia que ocasionaría frecuentes deslaves que afectarían a la represa, si bien ésta se extendería de preferencia por el lecho del Pisque que no ofrece este peligro. Por otro lado, el túnel que conduciría las aguas para formar la caída que movería la planta, resultaría demasiado largo (más de 13 km.), de tal modo que resultaría ubicado tal vez en las playas de Alchipichí o acaso más abajo todavía. El segundo sitio es aquel donde afluyen los ríos Cubí y Perlabí, a corta distancia de Perucho, donde los taludes del cañón están formados por rocas firmes que constituyen el basamento de la Cordillera Occidental. La represa estaría alimentada, además, por el caudal de estos tributarios del Guayllabamba, el túnel que conduciría las aguas para movilizar la planta sería menor. La caída quedaría ubicada en los desfiladeros de Chespi o Quizaya, en la jurisdicción de San José de Minas. Y el tercero, denominado Villadora, situado en la desembocadura del Intag o Llurimagua, donde la represa estaría enmarcada por rocas firmes, exigiría la construcción de un corto túnel (3 km.), pero en la margen izquierda, al norte de las poblaciones de Guales y Nanegal. Con seguridad, de construirse algún día la ambicionada planta, este último sitio será el preferido. Se calcula que originaría una producción de energía de 280 mil kilowatios.

La cuenca del Cubí apenas mencionada en los textos de Geografía, incluso en la obra del Dr. Teodoro Wolf, así como en las monografías de la provincia de Pichincha, merece una descripción especial, así como la del Alchipichí.

LAS CUENCAS DEL CUBI Y DEL ALCHIPICHI

El río Cubí es el segundo afluente de importancia dentro de la hoya del Guayllabamba. Forma una cuenca relativamente amplia limitada por los lomeríos que descienden del nudo de Mojanda, a modo de contrafuertes, de oriente a occidente, formando cortos altiplanos al lado izquierdo, donde se asientan Atahualpa (2.248 m.), Chávezpamba (2.217 m.) y caseríos bastante poblados como Pilgarán, lomeríos que cierran la cuenca por el sur. Por el lado derecho del Cubí, la cuenca está limitada por los declives del nudo de Mojanda que avanza a su soldadura con la Cordillera Occidental. En esos declives se presenta una alargada meseta de faldeo donde se asientan San José de Minas (2.480 m.) y sus poblados anexos Alance y Asilla, más la parroquia Pataquí del cantón Otavalo. El Cubí forma playas relativamente amplias, de clima subtropical y húmedo, propicias para el cultivo de la caña de azúcar. Las de la orilla derecha corresponden a San José de Minas y las de la izquierda a Atahualpa, Chávezpamba y en parte a Perucho.

El origen del Cubí se encuentra en las faldas meridionales del Fuya-Fuya (4.294 m.), frías y extremadamente húmedas, factores climáticos que permiten la formación de una intrincada red de quebradas y riachuelos, de complicada descripción, entre las que se destaca la célebre quebrada de Azahares que la cruzaba el antiguo camino de herradura por los páramos de Mojanda que avanzaba a Otavalo. El río que se forma luego es el Curubí, cuyos afluentes que engruesan su caudal son los riachuelos Cumalpí y Cariyacu que limitan la parroquia de Pataquí. El río Curubí cambia de nombre desde la confluencia con el Piganta, que se forma también en las faldas surorientales del Fuya-Fuya, de tal modo que su dirección es sureste-noreste. Desde esta unión el río toma el nombre de Cubí.

En el ángulo formado por los ríos mencionados se extiende una hermosa meseta denominada Piganta, que en su totalidad forma la hacienda del mismo nombre, dentro de la circunscripción administrativa de Atahualpa.

El Piganta lo forman los ríos Mojanda, Chiriyacu e Ingalarca que descienden desde los páramos que rodean las faldas del Fuya-Fuya. El Chiriyacu casi en su totalidad era captado mediante una larga y difícil acequia abierta a lo largo de estos páramos siguiendo la dirección nortesur, para luego descender por los altos de Aloguincho hacia la hoyada de Puéllaro, para la irrigación de las haciendas Magota y San Fernando. Participaban también de estas aguas numerosos parceleros de Munango, pero por falta de cooperación de éstos y de los propietarios actuales de San Fernando y de Magota, quedó descuidada la larga y difícil acequia, de tal modo que por ahora esas aguas corren inútilmente por el cauce primitivo del río Chiriyacu. Parece que el Concejo del cantón Pedro Moncayo ha solicitado al INERHI (Instituto Ecuatoriano de Recursos Hidráulicos) su adjudicación para la irrigación de parte del llano de Malchinguí, y, con seguridad, tal vez se las utilice también para el de Jerusalén, en el sector destinado por el Consejo Provincial de Pichincha para el gran complejo turístico que proyecta construir, de acuerdo con el gobierno nacional.

A corta distancia, aguas abajo de la desembocadura del Cubí en el Guayllabamba, desemboca el río Perlabí, que recoge las aguas del sector occidental de San José de Minas, por medio de los pequeños afluentes Cala y Cambugán.

El río Alchipichí.— Si bien este río no corresponde a la cuenca del Cubí, sino que forma una propia ubicada al sur, merece especial atención porque sus aguas son totalmente aprovechadas para la irrigación, circunstancia que obliga a calificarlo como el río generoso por excelencia.

Corre de oriente a occidente, como el Cubí, y su cauce de pronunciada gradiente apenas lleva un reducidísimo remanente al Guayllabamba. Se forma en una hondonada de la quebrada Guatagpi que baja por el extremo occidental del llano de Malchinguí. Gran parte de su caudal brota de un peñasco, distribuido en un centenar de hilos cristalinos a modo de un surtidor que es una verdadera maravilla de la naturaleza. Los campesinos, con gran propiedad, lo llaman simplemente "Los Chorros". Las aguas caen sobre una amplia plataforma rocosa, a manera de gigante tazona que invita al baño más prístino y refrescante.

A corto trecho de sus orígenes, las aguas del Alchipichí, son captadas en su margen derecha, por la acequia de Píango, que a más de irrigar los terrenos céntricos de la primitiva hacienda, irriga también centenares de parcelas por cuya cabecera corre la acequia, y que descienden bruscamente al cauce del pequeño río. Estas aguas, por medio de esta acequia avanzan también a la hoyada de Puéllaro y en parte permiten el regadío de un gran sector que hace pocos años era irrigado por las aguas de Chiriyacu, traídas desde los páramos de Mojanda. Las aguas de la acequia de Píango sirven, pues, a los agricultores de las parcelas en que se subdividió San Fernando, a los del barrio Rumipamba y a los de Munango. Incluso, con estas aguas se riega el extenso parque boscoso y lleno de flores del panteón de Puéllaro, que es uno de los atractivos de la población, cuidado con esmero. Allí el espíritu del visitante medita recreándose bajo su fronda subtropical, sin sumirse en la tristeza y pesimismo que generalmente inspiran los camposantos.

Por la margen izquierda del Alchipichí, sus aguas son captadas por dos grandes acequias que irrigan grandes extensiones de tierra que constituían la primitiva hacienda del mismo nombre, hoy totalmente parcelada y que ha permitido la formación de un considerable poblado que conserva aquel nombre tradicional impuesto por los aborígenes, cuyo significado desconocemos. En esas parcelas amorosamente cultivadas verdean los aguacates y chirimoyos, al igual que los alfalfares y hortalizas; pero la actividad que da más vida a la población y que la ha enriquecido de manera inusitada es la avicultura.

La **acequia alta**, a más de proporcionar agua a la población y al casco de la antigua hacienda, avanza al sur, hasta La Josefina donde los viejos cañaverales han sido reemplazados por potreros que alimentan una apreciable ganadería; y, finalmente los actuales propietarios de los huertos formados en las pequeñas hoyadas cercanas al cauce del Gayllabamba, como Pinto y el Cocal, también utilizan las aguas de esta acequia.

La **acequia baja** conduce aguas, en cambio, para los terrenos que antes constituían los ricos y exuberantes cañaverales de El Turo, a escasos 200 m. sobre el cauce del Guayllabamba, donde la temperatura aumenta considerablemente.

Curiosidad geológica y ecológica del cauce del Alchipichí, en su curso bajo, es la profunda y estrecha brecha abierta por las aguas a lo



largo de milenios, llamada "quebrada de Santa Marta". En los peñascos de la margen izquierda, hay unas pequeñas cavernas casi inaccesibles ocupadas por las célebres aves nocturnas llamadas **tayos**, que han disminuido notablemente debido a la tala de los árboles en los cuales encontraban los frutos para su alimentación. Atrevidos mozos del sector, sin más equipo que su audacia y apenas ayudados por sogas o cabestros, de vez en cuando incursionan en esas cuevas para atrapar a los polluelos de suave carne y ricos en grasa. Unos metros más abajo de la vivienda de estos tayos subsiste aún el puente de madera del camino de herradura que conducía a Quito. Al cruzarlo en la madrugada, con el ruido de las pisadas de los caballos en el entablado, despertaban las aves y su peculiar graznido llamaba la atención de los pasajeros, asustando a muchos y aun inspirándoles temor.

Si se compara la riqueza hídrica de los declives de la margen derecha del Guayllabamba con la pobreza de la margen opuesta, se puede apreciar la diferencia hondamente contrastante. Si se analiza el fenómeno, hay que concluir en que la presencia de las serranías del Mojanda rodeadas de húmedos páramos y que encierran un conjunto de lagunas en que se acumulan las aguas, permite la formación de los ricos avenamientos que forman el Cubí y en menor escala el Alchípichí, a más de numerosas vertientes que corren por las quebradas que descienden de oriente a occidente, brindando aguas generosas para la vida del hombre. En cambio, la meseta del Tanlagua y los lomeríos que le anteceden al salir de San Antonio de Pichincha, son verdaderos desiertos que sólo los años de abundantes lluvias permiten el cultivo de raquíuticos maizales.

LOA POBLADORES ABORIGENES

Toda la región estuvo poblada por pueblos aborígenes anteriores a la llegada de los Incas, llamados **Peruchos** por el P. Juan de Velaseo en su clásica Historia del Reino de Quito. Su procedencia, con toda seguridad, fue la cayapa-colorada, la misma que llegó a Imbabura y que se mezcló con tantas otras agrupaciones, como la de los Pastos procedentes del norte, dando origen a la cultura caranqui que rebasó la frontera meridional o sea el nudo de Mojanda y se extendió bastante al sur de

la actual provincia de Pichincha. Los Peruchos formaban, pues parte de la cultura caranquí, como lo prueban la confección de tolas, la toponimia, la antroponimia y las huellas de caminos que transmontaban el nudo.

Los cayapa-colorados procedentes de la zona boscosa de Esmeraldas y de Santo Domingo de los Colorados, lentamente remontaron el curso del Guayllabamba o de algunos de sus tributarios del Litoral, hasta llegar, probablemente, hasta un punto cercano a la desembocadura del Llurimagua o río Intag donde el gran torrente pierde algún tanto su arrollador impulso en los estiajes y es posible cruzarlo utilizando balsas. Los campesinos de la región, por esta razón, designan ese sitio con el nombre de "Paso del Inca", nombre impropio porque nuestro pueblo, campesinos y hombres de la ciudad, por lo común atribuye todo cuanto se refieren a nuestros aborígenes, a los Incas que dominaban el país a la llegada de los españoles. Desde aquel sitio, aguas arriba, las orillas del Guayllabamba son inaccesibles.

Parece que los Peruchos tuvieron varios asentamientos en las hoyadas y reducidas mesetas de la región, como las de Puéllaro, Alchipichí, Piango, Pinguilla, Perucho, Conrogal, Ambuela, Alobuela, Anagumba, Pirca, Trubí, Piganta, lugares donde al efectuar excavaciones para la construcción de casas o la apertura de caminos, no es raro encontrar tuestos de cerámica, restos óseos o algún otro recuerdo de esos remotos antepasados, aunque a juzgar por la calidad de la cerámica en ningún sitio se desarrolló una agrupación de avanzada cultura.

Tolas, en razón del topónimo que se conserva en algunos de los sitios indicados, como Puéllaro donde hay unos huertos llamados La Tola y La Tolita, debió existir esta costumbre, habida cuenta, además, que cercano al sector subsiste el gran conjunto de tolas de Cochasquí que prueban que allí estuvo asentada una bastante poblada comunidad indígena que se alió estrechamente con las de Cayambe, Tabacundo, Cuachalá y Cangahua para detener el avance incásico hacia Caranqui, habiendo sido derrotados por Huaina Cápac en los contornos de Yahuarcocha, laguna que recuerda precisamente el episodio final de la sangrienta lucha.

En el sector no se han realizado excavaciones arqueológicas propiamente dichas, de tal modo que es muy poco o casi nada lo que se conoce de los primitivos Peruchos incluidos en la lista de aborígenes prehispá-

nicos que trae en su Historia el P. Velasco. Con respecto a este topónimo, un inteligente y acucioso director de la escuela de Puéllaro, Prof. Carlos Escobar, oriundo de esa parroquia, daba la siguiente curiosa interpretación acerca del origen de los nombres Perucho y Puéllaro. Creía él que Pedro de Puelles fue el gran encomendero de la región, y que para recordarlo se bautizó al primero con el diminutivo hispano de Perucho, pues así llaman familiarmente a los Pedros en España; y con el de Puéllaro para recordar su apellido. Interpretación ingeniosa, pero totalmente reñida con la historia. Tanto caló, sinembargo, la curiosa interpretación, en la mente de las gentes, que la escuela de niños de Perucho, lleva orgullosa el nombre del encomendero hispano que vino desde Guatemala acompañando a Pedro de Alvarado y que fue vilmente asesinado en Quito, pero que nunca pisó siquiera esas tierras, ya que cuando viajaba a su gran encomienda situada en Otavalo, viajaba seguramente por la ruta de Cayambe.

La región peruchana —gentilicio que le cuadra históricamente hablando—, porque Perucho fue su núcleo poblacional, y prolongación del ámbito geográfico de la parcialidad caranqui de indudable influencia cayapa-colorada, pero que después, lo mismo que ocurrió con Imbabura, cayó en poder de la dominación incásica-cañari. No hay que olvidar que estos últimos fueron eficaces aliados de los conquistadores sureños. Algún experto en el conocimiento de los idiomas aborígenes podría comprobarlo con sólo examinar los topónimos de la región: Alobuela, Ambuela, Archibuela, Tutambuela, Aloguincho, Ruquincho, Conrogal, Coyagal, Colangal, Chufical, Tintal, Cubí, Curubí, Inubí, Perlabí, Mullimbí, Agato o Drapuento, Alchipichí, Chanjanro, Cahuanro, Chanfanro, Paltauco, Miñalauco, Chinchinuco (nombre del actual S. Fernando), Munango, Piango, Chiviga, Guatagpi, Tulurpi, Magota, Pinguilla, Alanca, Asilla, Pataquí, Piganta, Tzantzagrán, Pilgarán, Yumbuco, la mayoría de los cuales con seguridad no son quichuas. En cambio, pertenecen a este idioma: Cachuco, Turo o Turu, Machay, Rumipamba, Cochapamba, Pucahuaico, Sigsihuaico, Ninamburu, Nachiburo, Cunirrumi, la Cocha, Ingalarca, Pirca, Cruzpata (voz híbrida) lo mismo que Chávezpamba y muchas más.

De las agrupaciones indígenas de la región peruchana tal vez quedan restos de difícil identificación, en razón del mestizaje o de su mi-

gración a otros lugares. Toda la población actual es mezcla, y en razón de su mejor situación económica y cultural hay un gran porcentaje que se autodenomina blanca. Han desaparecido casi los antropónimos aborígenes. Hace años se oía con frecuencia los apellidos Anaguano, Andrango, Minango, Camuendo, Imbaquingo, Lanchimba, Pillajo, Pallo, Puñupa, Hualchi, Cachimuel, Guasgua, Cuzco, de los cuales son contadísimos los que subsisten.

LA INTERVENCIÓN ESPAÑOLA. PROVEIMIENTO DE TIERRAS

Pocos años después de la fundación española de Quito, realizada el 6 de Diciembre de 1534, aparecen las primeras referencias de la presencia de los españoles en la región peruchana, unas referentes a la provisión de indios para la ejecución de trabajos en calidad de mitayos, y otras relacionadas con el proveimiento de tierras a los primeros colonos hispanos, especialmente para el cultivo de "frutas de Castilla" y la propagación de la caña de azúcar, aprovechando del clima abrigado de sus valles y hoyadas, que contrasta con el clima bastante frío y lluvioso de las faldas del Pichincha donde se asentó la ciudad.

El primer ingenio de azúcar que se instaló no lejos de Quito, fue el de Nieblí, habiéndolo montado en 1565 Andrés Mendieta, originario de las Islas Canarias, quien vendió luego parte de esa propiedad a Antonio de la Barreda, casado con Doña Catalina Gamarra. El ingenio se fundó, informa el P. José María Vargas en su libro **La Economía Política del Ecuador durante la Colonia**, con permiso de la Audiencia, que concedió 66 mitayos, distribuidos entre los indios de Calacalí, Pomasqui, **Perucho** y San Antonio. La instalación del ingenio costó más de 30.000 pesos. El producto fue al principio abundante, de tal modo que abastecía a la ciudad. En los productos del ingenio tenía el Convento de Santo Domingo una capellanía, o sea un beneficio eclesiástico que se retribuía con la obligación de celebrar 150 misas anuales.

Las semillas o plantas de caña se trajeron desde México donde los españoles efectuaron las primeras plantaciones, así como en las islas del Caribe.

Los valles calientes y húmedos, o irrigables, de la región peruchana resultaron espléndidos para el cultivo de la caña, y fue proverbial

su producción de azúcar, mieles, panelas y aguardiente durante la Colonia y la República. Hasta hace pocos años, la mayor riqueza de la región la constituían los cañaverales de Piganta, Irubí, Pirca, Alobuela, Conrogal y Alchipichí, con sus dependencias El Turo y La Josefina.

En el "Libro de proveimiento de tierras, cuadras, solares, aguas, etc. por los Cabildos de la ciudad de Quito (1583-1594)", constan datos e informaciones interesantes relacionados con las región peruchana, como los que se citan a continuación:

1.— "A Diego Lobato clérigo presbítero de capilla en esta santa iglesia (se alude a la catedral) se le proveyeron cuatro caballerías de tierra arriba del pueblo de Perucho, hacia la Sierra (los contrafuertes meridionales del Mojanda), en un sitio llamado Agatcu (actual Agato en la jurisdicción de Puéllaro, hacienda que hace poco era propiedad del Colegio Mejía), en 23 días de abril de 1583".

Este clérigo que firmaba Diego Lobato de Sosa, acerca del cual proporciona abundante información el P. José María Vargas en su estudio "Los hijos de Atahualpa y los Padres Dominicos", fue hijo natural del capitán Juan Lobato de Sosa y de la palla Isabel Yarucpalla, que fue una de las tres o cuatro pallas originarias del Cuzco que residían en Quito, a raíz de la fundación española, mujeres que fueron del Inca Quiteño.

El doctor Udo Oberem, profesor alemán que algunos años pasó en nuestro país dedicado a la investigación de nuestras culturas aborígenes, publicó un valioso libro, "Estudios etno-históricos del Ecuador", en el que se consignan curiosísimos datos con el título "Notas y documentos sobre Miembros de la familia del Inca Atahualpa en el S. XVI", editado por el Núcleo del Guayas de la Casa de la Cultura —Guayaquil, 1976—, del cual extractamos la siguiente información:

En vista de que Isabel Yarucpalla, luego de la conquista, vivía con Juan Lobato de Sosa, fue llamada "la palla del capitán Lobato". Este vino al actual Ecuador con Benalcázar y fue uno de los fundadores de San Francisco de Quito, y como recompensa de sus servicios, recibió las encomiendas de Yumbos (actuales Gualea y Nanegal), de Chillogallo, Cotocollao y Angamarca. Si no se dice directamente, se puede imaginar que recibió la encomienda de Yumbos, porque junto con Benal-

cázar combatió en ese lugar contra las tropas incas, o tenías más bien dicho, dirigidas por Rumiñahui, y la palla Isabel Yarucpalla le fue entregada como parte del botín. Esta, en todo caso, vivió como su compañera en su casa de Quito, la cual estuvo ubicada en la esquina de las calles Cuenca y Chile. La noble india se amoldó rápidamente a la vida con el español.

Una y otra vez se ha dicho que “tenía mucho amor y voluntad a los españoles, y les tenía fidelidad y lealtad en todo”. Lo cual lo comprueba ella misma en 1536, al momento en que en casa de Alonso de Otavalo, el cacique principal de “los caciques incas de esta provincia con los demás caciques y principales de toda esta comarca”, se reunieron y acordaron unirse a la rebelión de Manco Inca en el Perú, y atacar y matar a los españoles de Quito. Esa misma noche Isabel Yarucpalla puso sobre aviso del plan a Juan Lobato y Pedro de Puelles, quien casualmente se hallaba en la casa y para aquel tiempo era “Teniente de Gobernador de Quito” en ausencia de Benalcázar. Gracias a esta advertencia y a la inmediata intervención de los españoles, se logró capturar a los caciques, de manera que durante la gran rebelión de 1536-37, la parte Norte del antiguo Imperio Inca, permaneció tranquila.

Juan Lobato, quien en 1538 fuera también Regidor de Quito, continúa informando el Dr. Udo Oberem, cayó el 18 de enero de 1546 en la batalla de Iñaquito, en la cual combatió al lado del infortunado Virrey Blasco Núñez de Vela, contra el insurrecto Gonzalo Pizarro que encabezó la rebelión de los encomenderos. En 1541 tuvieron un hijo Juan Lobato e Isabel Yarucpalla, el que se llamó Diego Lobato de Sosa. Antes de ir al combate contra Gonzalo Pizarro, su padre lo había confiado a un amigo, Gonzalo Martín. Diego creció en su casa y al terminar la escuela en el Colegio de San Andrés, en el Convento de los Franciscanos, se consagró a estudiar Lógica, Filosofía y Teología con los dominicos en Quito.

Aunque demasiado pobre para asistir a la Universidad de Lima, participó más tarde, y con gran éxito, en públicas disertaciones sobre la materia. Además se interesó por el pasado de los antecesores de su madre y, como él mismo lo dijo, escribió una “Historia del Inca”, la cual desafortunadamente hay que darla por perdida. Mantuvo buenas relaciones con sus parientes incas y es así como en una “probanza”, declara

por ellos y firma como testigo en la escritura testamentaria de Francisco Atahualpa, uno de los hijos del último Inca.

Debido a que Diego Lobato era mestizo e hijo natural, sólo pudo ordenarse sacerdote, con un permiso especial del Obispo Fray Pedro de la Peña, quien, inclusive, era su confesor. De todos modos, Diego Lobato debía su mayor prestigio a su excepcional conocimiento del Quichua y a su reconocimiento como hijo de Isabel Yaruepalla. En la Audiencia de Quito el obispo le encomendaba realizar cuando era de importancia, difíciles misiones entre la población indígena.

A pesar de todas estas actuaciones y aunque lo que él buscaba era arrancar a los indios de sus antiguas costumbres (por ejemplo, se cuenta que Lobato consiguió sacar a los caciques de la región de Quito, de la costumbre de ofrendar niños pequeños con motivo de un eclipse lunar), era, por otro lado, tan amado por ellos, que lo llamaban su padre, lo que en este caso significaba, mucho más que el común apelativo de "padre" que dan a los religiosos. Es también muy comprensible que sus intervenciones en favor de los indígenas le hubiese ganado muchos enemigos entre los españoles".

Como se habrá observado, por los méritos excepcionales del clérigo mestizo Diego Lobato, a quien se concedió una extensa superficie de tierras en la jurisdicción de la actual parroquia de Puéllaro, bien valía la pena recordarlo.

2.— Dos nietos de Atahualpa, Carlos y Mencía Atabalipa, hijos de Francisco Auqui Atabalipa y de Beatriz Coquilago Ango, hermana del cacique principal de Otavalo, solicitaban reiteradamente al Rey Felipe II, que en lugar de los dos mil pesos de buen oro que se le habían asignado a su padre de manera perpetua, se les conceda 6.000 pesos por una sola vez. Además le pedían la expedición de una cédula para que después de los días de su madre Doña Beatriz Ango, se les dé a ellos los indios de mita que ella tiene, y que se les asigne tierras para su labranza, encomendando su ejecución al Presidente de la Audiencia de Quito.

"El Rey Felipe II había dispuesto que en vista de que Doña Beatriz Ango había sido esposa de Francisco Auqui Atabalipa, hijo de Atabalipa Inca, continúe en la posesión de doce indios, cuyos tributos deberá gozar

para su sustento y aprovechamiento por todos los días de su vida y "mando a mis justicias le amparen en la posesión de dichos indios y le acudan y hagan acudir con los dichos tributos y mando a mis oficiales reales y personas a cuyo cargo está la cobranza de los tributos del **Pueblo de Puéllaro** que no cobren tributos algunos que los dichos doce indios habían de pagar, lo descuento de la tasa que está hecha o se hiciese porque así conviene a mi servicio y descargo de mi real conciencia". —Dado en Quito a 8 días de junio de 1592.— Presidente, Doctor Barros de San Millán.

3.— Al Padre Francissco Morán Ribadeneira, clérigo presbítero, se le proveyeron tres caballerías de tierra en **Alchipiche** para viñas y huertos en un valle que llaman **Tutambuela**, por encima del río Guayllabamba, en el camino que va a **Perucho el Viejo** y a la población que se llama **Cofó**, como vienen de Perucho a esta ciudad en una rehoya hasta el ható que va al pueblo de **Pillaharo**, desde la acequia alta hasta abajo...", con fecha 8 de octubre de 1583.

El topónimo que subsiste, aunque con un breve cambio fonético, Alchipiche, es la hacienda hoy parcelada que ha permitido la formación de la progresista población del mismo nombre, Alchipichí al sur de Puéllaro. En cambio al topónimo Tutambuela ha desaparecido, ignorándose el lugar al cual correspondía. Asimismo, ignoramos dónde estuvieron ubicados "Perucho el Viejo" y la población llamada Cofó, Igualmente ignoramos cuál fue "la rehoya hasta el ható que va al pueblo de Pillaharo, desde la acequia alta hasta abajo". Con todo, en este caso sospechamos que esa rehoya pudo ser el actual Píango, propicia para la existencia de un ható de ganado, por cuya cabecera pasa la "acequia alta". Y con respecto a la población de Cofó, tal vez fue el actual caserío de Rumipamba.

El topónimo Pillaharo se refiere a Puéllaro. Los primeros españoles escribían los nombres indígenas como creían haberlos oído, y así se explica, por ejemplo, las numerosas formas como escribieron los cronistas los nombres de Atahualpa y Rumiñahui, que con seguridad los indios los pronunciaban de manera bastante diversa de como los escribimos y pronunciamos ahora.

4.— “Diósele título en forma a Antonio Morán de Ribadeneira (con seguridad hermano del anterior), de cuatro caballerías de tierra en **Collabulo**, en el pueblo viejo que estaba poblado entre Puéllaro y Perucho”, a 20 días de octubre de 1586.— Es imposible señalar ahora el lugar al que pudo haber correspondido a Collabulo y ese “pueblo viejo que estaba poblado entre Puéllaro y Perucho”. Sospechamos que pudo estar en la hoyada donde está la hacienda Pinguilla, porque allí parece que se asentaba un gran caserío de indios, a juzgar por la abundante existencia de restos de cerámica aborígen, asiento que luego lo encontraron los españoles propicio para establecer un poblado.

5.—“A Juan González vecino de esta ciudad, Alférez, se le proveyeron seis caballerías de tierras para sembrar en términos de Perucho, en un sitio llamado Tanlagua, de esta otra parte del río...”, el 23 de abril de 1583.

Este documento prueba que el ámbito administrativo de Perucho, se extendía también por la margen izquierda del Gayllabamba.

6.— “A Juan Agudo, vecino de esta ciudad, se le proveyeron tres caballerías de tierra para sembrar en Perucho, linde con tierras que se le proveyeron a Luis Arcos y a Juan González y a Felipe Moreno y a Alonso López, y en las sobras de estos proveimientos, como parece por su petición y por la consulta que sobre ello se hizo con el muy ilustre Señor Licenciado Pedro Venegas del Cañaveril presidiendo esta Real Audiencia...”, el 7 de agosto de 1584. Estas tierras sospechamos que debieron estar en la antigua hacienda Tintal.

7.— “Diósele a Juan Agudo (el mismo beneficiado anterior) tres caballerías de tierras en Perucho linde con Francisco Arcos, quebrada en medio, en una loma que se llama Pataquí...” el 8 de marzo de 1585. Se trata, me pregunto, de tierras de la actual parroquia de Pataquí del cantón Otavalo, o hubo tal vez una loma que se designara así al otro lado de la quebrada Palmares que limita por el sur la población de Perucho? Porque referirse al río Cubí llamándolo “quebrada en medio” para señalar como linderos de esa loma de Pataquí, en caso de haber estado en la actual parroquia del mismo nombre, resulta harto antojadizo y vago.

8.— “Rodrigo de Paz fue recibido como vecino de Quito, en septiembre de 1548, y contrajo matrimonio con la viuda de Isabel de Aguilar, sucesora de su esposo Diego de Torres en la encomienda de Perucho”. Según este dato, debió tratarse de tierras con más o menos abundante población indígena que tributara en dinero y especies en favor del encomendero. Ignoramos la ubicación de aquella encomienda.

9.— “Junto a Perucho, al Procurador de la Real Audiencia, Pedro de Orellana, se le proveyó de dos caballerías de suelo para plantaciones de vid y árboles de Castilla, en 1583”. ¿En qué sector estuvieron ubicadas esas tierras?, es una pregunta que consideramos imposible responder.

10.— “A Isabel Pérez, viuda vecina de esta ciudad, se le proveyeron cuatro caballerías de tierra, hacia Perucho, encima de una loma donde está una cruz del camino que va de Perucho a Malchenguí, vertientes a Puéllaro y del otro lado otra hoya con el arroyo que viene de Agato hacia Alchepechí...” Licenciado Pedro Venegas del Cañaverall, el 23 de abril de 1583.

¿Cuál era esa loma donde se había levantado una cruz, cuyas vertientes o faldas descendían por un lado a tierras de Puéllaro, y por el otro lado hacia el río Alchipichí? Sospecho que ese camino ascendía desde Perucho a tierras de la actual parroquia de Atahualpa, de donde pasaba a Aloguincho y luego a Coyagal para llegar a Malchinguí. Esa cruz del camino, con seguridad, debió levantarse en tierras de Coyagal, donde se habían establecido numerosos colonos hispanos.

11.— Carlos Atahualpa, uno de los nietos del último Inca, a quien se le había concedido tierras en algún sector de Perucho, con una extensión de 18 caballerías, las enajenó entre 1612 y 1620. “Más frecuente que el trasapaso de propiedad por venta o remate parece haber sido el realizado a través de herencias o donaciones, que los propietarios indígenas efectuaban a favor de españoles, o a sus descendientes mestizos”, se anota en la obra “PICHINCHA” —Monografía histórica de la región nuclear ecuatoriana”, editada por el Consejo Provincial de Pichincha— Quito, 1981.

En la misma obra aparece la información de que en la zona norte del Corregimiento de Quito, comprendida entre Cotocollao y Perucho, había relativamente pocas propiedades particulares de gran tamaño, fuera de las pertenecientes a las Ordenes Religiosas, en el S. XVII. El único terrateniente con más de 100 caballerías era el capitán Don Felipe de Landázuri, cuyas tierras estaban situadas en el pueblo de Perucho.

Infortunadamente no se indica el sector donde estuvo ubicada dicha propiedad. Al respecto, no hay que olvidar que durante la época colonial, Perucho fue el núcleo de la extensa zona que hoy ocupan las parroquias de Puéllaro, San José de Minas, Atahualpa, Chávezpamba y Pataquí, de tal modo que si una propiedad estuvo ubicada en cualquiera de estos pueblos, se decía simplemente que estaba en Perucho. Incluso, correspondían a aquella jurisdicción colonial tierras de la margen izquierda del Guayllabamba que hoy pertenecen a San Antonio de Pichincha.

Al examinar muchos de los documentos transcritos, llama la atención que las concesiones de tierras efectuadas en el S. XVI, siglo de la fundación de Quito, se menciona indistintamente a Perucho y Puéllaro, en tanto los nombres de Atahualpa y San José de Minas, cuyos topónimos primitivos eran Habaspamba y Moraspungo, nunca aparecen. Detalle que indica que a estos lugares llegó la colonización hispana mucho más tarde, resultando por tanto estas poblaciones bastante más modernas. Otro detalle digno de destacarse es el de que Puéllaro, como población de colonización hispana aparece contemporánea de Perucho, aunque sin la categoría de parroquia civil ni eclesiástica. En este sentido dependía de Perucho hasta el siglo pasado, avanzada la época republicana.



LOS FRANCISCANOS Y LOS JESUITAS EN LA REGION

La evangelización de Perucho y la región aledaña que constituía el ámbito geográfico de los indios "peruchos", fue encomendada poco tiempo después de la fundación de Quito a los religiosos franciscanos, quienes organizaron primero una "doctrina" y más tarde la parroquia eclesiástica, levantando la primitiva iglesia, la cual mediante posteriores modificaciones efectuadas durante la colonia y también dentro de la época republicana, subsiste hasta ahora, con su típica fachada con echadas torrecillas entejadas, de madera, que recuerda las iglesias de algunos poblados andaluces, acordes con el clima subtropical y con verano excesivamente calientes. El Municipio capitalino la restauró últimamente, destacando con la pintura café obscura que semeja el color primitivo de la madera con que fue construida la fachada. Aquella magnífica madera provino de los bosques de Atahualpa que cubrían las faldas del Mojanda.

Ignoramos quien fue el primer religioso franciscano que estableció la doctrina, pero con seguridad no pudo ser ninguno de los tres célebres religiosos que iniciaron la construcción del renombrado templo y convento de San Francisco de Quito, cuyo tiempo debió haberles absorbido completamente las obras catequísticas, educativa de los primeros indígenas evangelizados, así como la recolección y preparación de materiales para la realización de la obra material ingente que efectuaban en Quito los Padres Fr. Jodoco Ricke, Fr. Pedro Gosseal y Fr. Pedro Rodeñas. Lo que es seguro, fue el gran interés demostrado por Felipe II por el progreso de la doctrina creada en Perucho por los franciscanos, tanto que entre las pertenencias de la iglesia se puede admirar aún una pesada casulla con rico bordado de plata, que parece que fue donada por el

muy católico Rey español a los religiosos franciscanos que sostenían la doctrina de Perucho.

Posteriormente, en el S. XVII, llegaron los jesuitas, pero más que con propósito evangelizador, con el de tomar posesión de las valiosas propiedades agrícolas que les fueron obsequiadas por los ricos terratenientes que en la época colonial no debieron estimarlas tanto, dadas la fragosidad y peligrosidad de los caminos o veredas que permitían salvar el profundo cañón del Guayllabamba. La siguiente información que trae el Prof. Aquiles Pérez en su bien documentado libro "Las Mitas en la Real Audiencia de Quito", investigada en el "Libro de Temporalidades" de los Archivos de la Corte Suprema de Justicia de Quito, año de 1626", así lo comprueba:

La hacienda Conrogal les fue regalada por un generoso propietario; era gran productora de caña de azúcar. El mismo propietario les obsequió la hacienda Agato, productora de granos, a la vez que Irubí productora también de granos y de caña de azúcar, además de una apreciable cantidad de cal.

Otras propiedades de los jesuitas por aquel año, fueron Saigua (seguramente Shaigua) al otro lado del Guayllabamba, vecina acaso a Tanlagua la cual también era de su propiedad, productora de cal; y la hacienda Pinguilla en la circunscripción de Perucho, hoy jurisdicción de Puéllaro.

Expulsados los jesuitas por la pragmática sanción de Carlos III en 1767, estas propiedades fueron vendidas por las autoridades de la Audiencia de Quito, siendo los compradores: Fulgencia Loza, una hacienda en Perucho (no se indica el nombre); Gerónimo Morales, Saigua. Irubí, Conrogal y Pinguilla las adquirió Miguel Ponce en la suma de 43.000 pesos!... Estos precios revelan que las tierras de la derecha del curso medio del Guayllabamba en aquellas épocas de acceso bastante difícil, no eran muy estimadas. Al respecto, bien vale la pena recordar el anecdótico nombre con que una rica familia de Quito la conocía, ya que ésta era la más modesta de sus propiedades en la región: a la hacienda Mojanda, en la parroquia de Atahualpa (primitivamente unas 1.500 hectáreas, incluido el páramo), le nominaban **Cuchivianda**, voz híbrida que significa "comida para los puercos".

Los jesuitas en casi todas sus propiedades de clima tropical y subtropical de los valles de la Sierra cultivaron intensamente la caña de azúcar; y así antes de su expulsión, mantenían trapiches para la elaboración de mieles, panelas, azúcar y aguardientes, en la hacienda Chaquibamba en la parroquia actual de Guayllabamba; Alchipichí, Conrogal e Irubí, en Puéllaro y San José de Minas; Guatos en la margen izquierda del río. En todas ellas establecieron la mita de trapiches, pero como el indio no se aclimató en esos lugares ardientes, introdujeron negros para el laboreo de la caña. Las caliginosas tierras del valle del Chota las convirtieron en verdaderos criaderos de negros (Caldera, Pusir, Carpuela), con lo cual se evitaban el tener que comprar esclavos que alcanzaban tan altos precios cuando se los traía desde el gran mercado negrero que fue Cartagena de Indias. Los descendientes de los negros que hubo hasta el siglo pasado en la región peruchana, fueron manumitidos por el Presidente Urbina en 1852. Se cuenta que con algunos centenares de éstos constituyó un cuerpo de ejército, que fueron encuartelados en la casa de la hacienda Charla, a unas cuadras arriba de la población de Perucho. Los negros manumitidos por Urbina formaron el núcleo de su ejército, cargados de resentimiento contra la sociedad que los mantuvo totalmente marginados, a los cuales Montalvo despectivamente los llamaba "los tauras de Urbina".

A más de la caña, los jesuitas explotaban intensamente la cal, para las inmensas construcciones de Quito, como el convento y templo de la Compañía, y el célebre Hospicio de San Lázaro, en la actual calle Ambato. Irubí, por ejemplo, producía 1.000 fanegas de cal anuales, y unas 1.500 la hacienda Nieblí de Tanlagua, como la llamaban entonces.

LA DIVISION POLITICO-ADMINISTRATIVA

Durante la colonia la región peruchana formó parte del Corregimiento de Otavalo cuyo ámbito geográfico fue de veras sorprendente: por el norte avanzaba hasta el río Angasmayo (el Carchi actual) y por el sur hasta el río Guayllabamba. En este Corregimiento estaban incluidos, pues, Cayambe, Tabacundo, Malchinguí, Perucho y Guayllabamba que son los pueblos mencionados en documentos de la época.

En la Ley de División Territorial dictada por el Congreso de la Gran Colombia en 1824, se dice que "los Cantones de la Provincia de Imbabura son Ibarra, Otavalo, Cotacachi y Cayambe", aunque sin señalar linderación alguna. De esos cantones, sólo pudieron organizarse como tales, Ibarra y Otavalo. Constituida la República del Ecuador, la Convención de Riobamba reunida en 1830, dispone que no habrá alteración alguna acerca de los límites de los cantones y parroquias, quedando las demarcaciones conocidas antes de la Independencia en los mismos términos que entonces". En consecuencia, anota el Prof. Víctor Alejandro Jaramillo en su libro "Imbabura — Agua y Paisaje", el Cantón Otavalo delimitaba con el Cantón Quito, el único que entonces tenía la Provincia de Pichincha, por el río Guayllabamba. Esta situación se altera en 1851, en que se erige el nuevo cantón que se denominará Cayambe, constituido por las parroquias Cayambe, Tabacundo, Cangahua, Tocachi y su anexo Malchinguí, y cuya cabecera será la parroquia de Cayambe. El nuevo cantón sepárase de Imbabura y se incorpora a la Provincia de Pichincha.

Al expedirse la Ley de División Territorial de 1861 (primera administración de García Moreno), desaparece nuevamente el cantón Cayambe y queda reducida a la condición de parroquia, incorporándose con todas las que lo componían al cantón Quito.

La Convención Nacional de 1884 dicta una nueva Ley de División Territorial, por la cual se restablece otra vez el cantón Cayambe con las mismas parroquias que lo integraban anteriormente.

Pero es curioso advertir que dentro de estos cambios administrativos, nada se menciona en relación con las parroquias de Perucho, Puéllaro elevado a la categoría de parroquia civil en 1862, San José de Minas, también erigido en parroquia civil por ordenanza del Concejo, de Quito, en 1870, aprobada por el Ministerio del Interior. Todas ellas eran administradas por el II. Concejo de Quito y pertenecían, pues, a su cantón.

El 26 de septiembre de 1911, por Decreto legislativo sancionado en octubre de ese mismo año, se establece el cantón Pedro Moncayo, con su cabecera Tabacundo, y las parroquias La Esperanza, Tocachi, Malchinguí, Atahualpa, que en 1894 fue elevado a la categoría de parroquia civil, desmembrándola de Perucho, como había ocurrido con Puéllaro

en 1862, y con San José de Minas en 1870. La última, finalmente, completaba por occidente la jurisdicción del nuevo cantón Pedro Moncayo.

Chávezpamba, la más moderna de las parroquias de la región, se constituyó como tal sólo en 1942, disgregándose de Atahualpa.

La incorporación del sector de la cuenca del Cubí donde se asientan San José de Minas y Atahualpa al cantón Pedro Moncayo con cuya cabecera no existía vinculación económica alguna, constituyó un gran error político-administrativo con el cual nunca estuvieron conformes, de tal modo que las gestiones que realizaron los pobladores y hacendados para devolver esas parroquias al cantón Quito, fueron tenaces hasta conseguirlo.

ECONOMIA DE LA REGION

Como podrá intuirse, la mayor fuente de economía de la región peruchana, desde la época colonial hasta las primeras décadas de este siglo, fue el cultivo de la caña de azúcar. Sus extensas haciendas, algunas que bien podían calificarse de latifundios, como Alchipichí y sus dependencias El Turo y La Josefina, Conrogal, Tintal, Alobuela, Piganta, Pirca, Irubí, Anagumba y los apartados entables de los despeñaderos occidentales de San José de Minas que bruscamente descienden al cañón del Guayllabamba, estaban cubiertos de ricos cañaverales. Incluso en haciendas bastante reducidas como San Fernando, Chiviga y Pinto, el cultivo de la caña era la principal actividad de sus propietarios o arrendatarios. El producto que de preferencia se extraía era el aguardiente y para la preparación de los anisados, se cultivaba también el aromático anís en algunos puntos, como el llano de La Merced de Puéllaro.

El cultivo de la caña, si bien proporcionaba trabajo a centenares de peones, una vez finiquitada la esclavitud de los negros, sus salarios eran tan bajos que apenas satisfacían sus necesidades vitales con un mal yantar, pobres y raídos vestidos y una muy precaria vivienda. Los pobladores de las parroquias vecinas que conseguían algún dinero proveniente de este cultivo, eran que obtenían un poco de aguardiente de contrabando, burlando la vigilancia de "los guardas del Estanco" o en connivencia con ellos. El producto que libremente se vendía en las tiendas o en los modestos mercados del poblado, a precio relativamente bajo, era

la panela que reemplazaba al azúcar en las clases populares.

Otro recurso notable, éste sí a cargo de pequeños propietarios, es la fruticultura, especialmente en Puéllaro y Perucho, en las playas del Cúbí, y en las reducidas playas del Guayllabamba pertenecientes a la antigua hacienda Alchipichí, Chiviga y Pinto, donde subsisten huertos de chirimoyos, aguacates, naranjas, lima, mandarinas, limones y otros citros, siendo los primeros de calidad excepcional. El mantenimiento de estos huertos sin mayor técnica ni cuidado, hasta el extremo de que en el centro especialmente de Puéllaro se convirtieron en verdaderos bosques donde la fumigación resultaba casi imposible, fueron invadidos por numerosas plagas de insectos, hongos y otras enfermedades fungosas que afectan al follaje y a los frutos, como "el coma", "el plateado del chirimoyo", la "gomosis", etc. que restaban notablemente la producción. Y luego peor, la aparición de bacterias que atacan las raíces de los árboles, de tal modo que las nuevas plantas que están creciendo lozanas y que prometen opima fructificación, pronto se agostan y mueren. Parece que el suelo que mantenía árboles seculares y que sólo se renovaban individualmente cuando se secaban, poco a poco ha sido invadido por tales bacterias, ante las cuales los huertos se sienten impotentes. En estos terrenos infectados, la solución encontrada ha sido la de reemplazar el cultivo de los árboles de raíces profundas, por el de plantas de ciclo corto cuyas raíces no penetran mucho en el suelo, como el fréjol, el tomate, la col, el maíz, ciertas variedades de papa, el camote y algunas otras hortalizas. El fréjol especialmente, gracias a la irrigación y al abundante abono extraído de los gallineros que se han multiplicado, produce unas tres cosechas al año, cuyo expendio en vaina, o sea tierno, tienen precios halagadores en el mercado de la Capital.

En terrenos nuevos o no infectados aún, el cultivo tecnificado del aguacate y de la chirimoya está rindiendo magníficos resultados, en apreciables sectores de Perucho y Puéllaro. El aguacate de numerosas variedades importadas, da frutos excepcionales en tamaño y calidad, destacándose los huertos de Pinto, contiguos a Perucho; y para la chirimoya, los huertanos de San Fernando, barrio de Puéllaro, obtienen ejemplares que pesan cinco o seis libras. Su producción la negocian comerciantes del pueblo de Guayllabamba, donde los viajeros que van y vienen por la carretera panamericana, no resisten la tentación de com-

prar el sabroso fruto, aunque sea a precios verdaderos. ¡Hay que visitar la feria de la fruta que en Puéllaro se realiza en Carnaval, para admirar el tamaño y la calidad de los aguacates y chirimoyas recogidos en los huertos de la región!...

Producción modesta pero digna de mención es la del tomate de árbol en los solares contiguos a las casitas de Atahualpa, y la de la mora de Castilla en San José de Minas, cuyo mercado son Quito y Otavalo.

En el sector alto de todas las poblaciones de la zona, el cultivo del maíz y el de la cebada era intenso, así como el de las habas, y, en menor escala, el de la papa. Desafortunadamente, la variedad del maíz suave la están reemplazando por la del duro o morochillo que tiene gran demanda por parte de los avicultores, que han instalado grandes y pequeños planteles avícolas en Alchapichí, Píango, Puéllaro y Alobuela, que en conjunto crían no menos de 200 o 300 mil aves, para la provisión de huevos y pollos, cuya demanda en Quito e Imbabura siempre sigue en crecimiento. Esta actividad, con seguridad, constituye el más fuerte renglón económico de la región, que ha reemplazado con mucho al de la caña de azúcar, con la diferencia, además, de que la avicultura favorece a gran parte de los pobladores de la zona, en tanto la cañicultura concentraba la riqueza en contadas manos, generalmente de hacendados que vivían fuera de ella.

Desde el punto de vista agrícola y ganadero, las tierras de San José de Minas son las mejores, ya por la constitución de los suelos, ya por las condiciones climáticas caracterizadas especialmente por abundante humedad ambiental y por suficientes lluvias, que contrastan con los secos valles de Puéllaro y Perucho, todo lo cual fomenta el desarrollo de una rica agricultura y de una ganadería que ha permitido la instalación de una pequeña industria lechera que ofrece quesos y mantequillas de muy buena calidad.

La explotación maderera fue otro renglón económico de alguna consideración, que, desafortunadamente, ha quedado sólo para la historia en la región que estudiamos. Los declives del nudo de Mojanda, en una franja apreciable por debajo del páramo, de clima un poco más abrigado y húmedo, que avanzaba por occidente hasta Atahualpa, y por el sur hasta Aloguincho y Coyagal en las alturas orientales que dominan

la hoyada de Puéllaro, estuvieron cubiertos de bosques, con abundancia de árboles de buenas maderas que han sido explotadas sin control alguno y sin la más remota visión de las desastrosas consecuencias climáticas y ecológicas que sobrevendrían a corto plazo.

Allí crecían cedros muy apreciados de las variedades cedrela odorata y cedrus magnus, matachis (*mirtus humboldtii*), el arrayán (*eugeniai spc.*), el laurel (*myrici pubescens*), el aguacatillo (*nectandra spc.*), el naranjillo o naranjo, el olivo, el tarqui, el motilón, el palo rosa, el pagua que es uno de los árboles más corpulentos de ese bosque, alisos, moyas bastante semejantes a la guadúa del trópico, utilizada en cercos y corrales o en la construcción de las viviendas campesinas. Las esbeltas palmeras que dan singular hermosura al paisaje, con sus elevados penachos verdes y troncos plumizos que se yerguen rectos diez metros o más, constituyen uno de los más peculiares atractivos botánicos del paisaje de Atahualpa. Sus hojas tiernas, de típico color amarillo, son la clásica "palma de ramos" que el pueblo piadoso compra y hace bendecir el Domingo de Ramos con el que se inicia la Semana Santa. Es un verdadero desacato que se comete contra la naturaleza el hecho de que también este bello árbol esté siendo talado, para utilizar su tronco erecto y cilíndrico en la confección de asientos o en canales para la conducción de aguas.

Este bosque brevemente descrito, sobre todo en los alrededores de Atahualpa, ha sido completamente talado para emplear su madera en la fabricación de puertas, ventanas y toscos muebles que las clases populares de Quito los adquirían hasta hace poco en la Av. 24 de Mayo. Con sobrada razón, personas amantes de la naturaleza de Pichincha e Imbabura venían clamando por la defensa de esos bosques, que se debió conservarlos a toda costa declarándolos "parque nacional"!

Con su tala no sólo han variado las condiciones climáticas del piedemonte del Mojanda, sino algunos atractivos fenómenos ecológicos vinculados con la presencia de los árboles que brindaban sus frúticas a bandadas de "pericos" que llegaban procedentes de los bosques noroccidentales de la provincia (Pacto, Guales, Nanegal), siguiendo el cañón del Guayllabamba, y que hoy han desaparecido.

La larga y tortuosa calle de Atahualpa que asciende al oriente, a cuya vera se levantan decenas de viviendas que ocupaban los carpinte-

ros, hasta ahora se la conoce con el nombre de "El Astillero": tal era la abundancia de astillas que la cubría como resultado de la diaria labor artesanal.

En los bosques de Aloguincho al pie de los páramos de Mojanda, abundaban los cedros. Relacionada con la presencia de estos árboles, está vinculada la anécdota relacionada con la construcción de la casa de García Moreno en la plaza de Santo Domingo en Quito, de propiedad del Ministerio de Educación. El Presidente solicitó a su amigo el presbítero de Puéllaro, Dr. José Manuel Rodríguez, que le consiguiera las mejores trozas de cedro y tablas para la confección de puertas, ventanas y otros accesorios de la casa que estaba construyendo, sirvió que lo efectuó con acuciosidad. En estos bosques de Aloguincho abundaba también el aguacatillo de madera bastante resinosa. Don Leopoldo Mercado, destacado hombre de empresa y de negocios, previo arreglo con los propietarios de la hacienda Conrogal a la cual correspondía Aloguincho, instaló allá un aserredero hidráulico para la explotación del aguacatillo, cuyas trozas eran transportadas a su fábrica de Santa Clara, en Sangolquí, para la elaboración de fósforos. Durante algunos años, los magníficos fósforos madereros que satisfacían la demanda de buena parte del mercado nacional, procedían, pues, de los bosques mencionados, hoy, infortunadamente, totalmente talados, a raíz de la parcelación de los terrenos de Aloguincho, por parte de los pequeños propietarios en su afán de aprovecharlos para sus sembríos hasta la más mínima porción. Esta tala ha repercutido lamentablemente en los recursos hídricos que han disminuido considerablemente, tanto en lo que respecta a lluvias como en lo que se refiere a las fuentes de agua que no sólo han disminuido sino que se han secado en muchos casos, afectando fundamentalmente a los terrenos bajos de la hoyada de Puéllaro.

Una información de orden económico que debe recoger la historia de la zona, es la amplia difusión que tuvo en Atahualpa el tejido de sombreros de paja toquilla, artesanía a la cual se dedicaba un porcentaje apreciable de la población.

Con seguridad, en la difusión de esta artesanía debió ejercer alguna influencia el ejemplo de Tabacundo donde se la practicaba con intensidad, entonces cabecera del cantón del cual formaba parte Atahualpa, o el de la vecina población imbabureña de San Pablo del

Lago donde también había arraigado esta artesanía.

Un reflejo de la economía de la zona lo constituyen las Cooperativas de Ahorro y Crédito organizadas en Atahualpa, Puéllaro y San José de Minas, cada una de las cuales ha reunido un apreciable capital. La más antigua y que ha logrado extender su influencia no sólo a los pobladores de la región, sino que cuenta con sucursales en San Antonio de Pichincha, Pomasqui, Cotacollao y Calderón, dispone en el presente de un capital que oscila en torno a los 100 millones de sucres, procedentes de la venta de acciones a más de 5.000 socios activos y de los intereses de los préstamos concedidos para la adquisición de terrenos, fomento de la agricultura, compra de ganado, construcción de casas y negocios en general. Entre sus valores cuenta con un magnífico edificio de cemento armado, de tres plantas, que es justo orgullo de la población. En él funcionan además de las oficinas de la Cooperativa, un amplio centro social y departamentos que los toman en arriendo generalmente empleados que llegaron al pueblo transitoriamente.

La Cooperativa de Puéllaro, también de Ahorro y Crédito, es la segunda de la región por su antigüedad y el capital social de que dispone, el cual oscila en torno a los 20 millones de sucres, que en gran parte es concedido en préstamos a los avicultores, actividad que se ha convertido en la más lucrativa de la población.

Como la anterior, ha logrado construir un buen edificio de cemento armado, de dos pisos, que presta servicios similares a la de Atahualpa. Es digno de amotarse, además que mantiene una bien surtida tienda o pequeño almacén donde se expenden, indistintamente, a todos los pobladores, artículos alimenticios de primera necesidad, artefactos electrodomésticos, refrescos y cerveza que las empresas productoras de Quito van a dejarlas, al mismo precio que en la capital, de tal modo que se presenta la paradoja de que el valor de estas bebidas es allá inferior al que se paga en las abacerías de barrio en Quito.

La Cooperativa de San José de Minas, de reciente creación, pese a que corresponde a la parroquia de mayor población y, relativamente, de mayor holgura económica también, reúne por ahora un capital menor —unos 5 millones de sucres—, y no ha alcanzado todavía proporciones como las de la de Atahualpa, que cuenta con población y recursos económicos muchísimo menores. Esta última, gracias al prestigio y a la

seriedad con que ha actuado desde su fundación, se ha convertido en un verdadero banco campesino, gracias a las acciones de socios diez o veinte veces más numerosa de fuera de la población que los de dentro de ella. Se trata de un fenómeno social y económico digno de estudio, dada la actitud del campesinado de la Sierra Norte...!

Dentro del campo cooperativista, igualmente, merece especial mención a la vez que recordación histórica, la existencia de la Hermandad Funeraria "San Vicente Ferrer" de Puéllaro, fundada por el benemérito párroco Dr. José Manuel Rodríguez, en 1874, y que ha funcionado ininterrumpidamente desde aquel año anterior al asesinato de García Moreno. Extenso lapso que ha cumplido 108 años de seria y callada labor, que constituye ejemplo singular de organización cooperativista, cuyo fin eminentemente social y religioso ha podido ser cumplido fielmente gracias al manejo pulcro y escrupuloso de los magros fondos destinados a cubrir los servicios funerarios de los socios que mueren, evitando a sus deudos la erogación de dineros que comúnmente andan escasos en momentos difíciles para la familia.

Los socios de la Hermandad pagaban desde su fundación hasta las primeras décadas de este siglo, la cuota mensual de veinte centavos que hoy nos parece irrisoria, por un lapso de 25 años, terminado el cual "los hermanos" (término equivalente al de socio) "se redimían", es decir que cesaban en su aporte mensual, obteniendo todos los derechos señalados en los estatutos: una mortaja y ataúd decentes, misa de honras celebrada por el párroco, costeadas por la Hermandad y entierro en uno de los nichos construidos por ella que hoy componen algunas series en el panteón de la población. Ahora la cuota mensual es la de dos sucres: pero lo más corriente actualmente es que si los familiares del fallecido demandan los servicios de la Hermandad, previo el pago de la cantidad global de 2.500 sucres, la Sociedad los atiende en igual forma que a los "hermanos" redimidos.

La Hermandad ha invertido gran parte de sus fondos, a lo largo de más de cien años, en la construcción de bóvedas de cal y cangahua —una toba volcánica abundante de los alrededores, que unida con argamasa de cal y arena, tiene la misma consistencia de la piedra—, una portada digna del cementerio, y, sobre todo, la formación y mantenimiento de un hermoso parque en el que abundan árboles y flores subtropicales,



que constituye uno de los atractivos de la población. La celebración del Día de Difuntos, el 2 de noviembre, es peculiar y quizás única en el país: la visita al cementerio se realiza por la noche y todas las tumbas las iluminan con lamparitas o velas que se cuentan por centenares, cuyas luces titilantes imprimen singular emoción al contemplar el nocturno paisaje; miles de deudos que viven y han formado sus hogares lejos de Puéllaro, consideran un deber volver a la tierra natal aun cuando fuere por pocas horas para rendir este homenaje de recordación la noche del 1º de noviembre, a padres, hijos o hermanos enterrados en el hermoso panteón que guarda tantos entrañables recuerdos familiares. Esta sentimental celebración sólo es posible gracias al tibio ambiente de las noches puéllareñas.

Como reserva económica, la Hermandad dispone de un capital que oscila en torno a unos 150.000 sucres. Alguna vez ha pretendido la reconstrucción del pequeño antiguo panteón existente tras de la vieja iglesia, que fue con seguridad el primitivo que construyó la Hermandad, pero ha desistido dado su total deterioro: los restos que guardan esas bóvedas centenarias pertenecen a generaciones tan antiguas, es decir, a familias que se han extinguido completamente, de tal modo que no existen deudos que tal vez pudieran interesarse por su reconstrucción. En algunas lápidas borrosas se leen apellidos inexistentes ya en la población.

RECUERDO DE UN CELEBRE ENSAYO DE SERICICULTURA

En la gran Revista ECUADOR, órgano de publicidad del Ministerio de Gobierno, Nº 6 correspondiente a junio de 1937, se publicó un breve ensayo del autor de la presente Monografía, ricamente ilustrado, bajo el título de "Puéllaro: su producción fructícola y sus posibilidades para la sericicultura". La información constante en aquel trabajo la escuché personalmente a mi padre, Don Vicente Terán Araujo, de buena formación cultural que en parte se la debió al Dr. José Manuel Rodríguez, de quien era ferviente admirador, al cual le consideraba su maestro.

Para mí constituyeron datos por demás interesantes los proporcionados por mi padre sobre el ingenioso ensayo del cultivo del gusano de

seda en Puéllaro por el Dr. Rodríguez, entre 1872 y 1873. Acaso valga la pena hacer constar, como aclaración previa, que este sacerdote había nacido en 1830, en "el año de la República" como solía decir con orgullo, habiendo muerto en 1916; y mi padre nació en cambio en 1870.

Por 1869, uno de los ricos propietarios de la zona, el Dr. José María Calisto, dueño de la hacienda Conrogal, a su regreso de Francia donde había observado con interés la industria de los tejidos de seda, se ingenió para traer al Ecuador una cantidad de huevecillos del gusano de seda e inició el ensayo de su mantenimiento y propagación, para lo cual había plantado una regular cantidad de moreras (*morus alba*), con cuyas hojas se alimentan los lepidópteros del género *Bombix mori* que, al terminar su proceso larvario, las crisálidas de estos insectos se envuelven en una especie de capullo formado con la fibra textil que segregan.

El Dr. Rodríguez solía ir a celebrar misa en el oratorio de la hacienda Conrogal, y allí supo del ensayo que realizaba el Dr. Calisto, para cuya iniciación había traído de Francia a un obrero entendido en la cría del gusano de seda. El Dr. Rodríguez inquirió al sericicultor extranjero alguna información sobre la cría y propagación del insecto y más detalles relacionados con la posible industria que se pretendía establecer, pero éste, por un mal entendido egoísmo, ninguna indicación quiso darle, contentándose con manifestarle que en el país no había para la explotación de la seda ni climas ni hombres adecuados, rodeando con un aire de misterio una actividad tan sencilla como la de la cría del gusano de seda. Su industrialización, naturalmente, requería en cambio técnica más complicada, y acerca de ello, por supuesto, nada averiguaba por de pronto el ingenioso párroco.

El Dr. Rodríguez, avivado el interés por conocer y ensayar por sí mismo la cría del gusano de seda para por lo menos producir la materia prima, se ingenió para obtener, valiéndose de un negro sirviente de la hacienda, unas cuantas mariposas, que las encerró en una de las habitaciones de su amplia casona, que reunía las condiciones de temperatura requeridas para su vivencia. Allí mantenía unas mesas cubiertas con sábanas donde las mariposas depositaban los huevecillos. En los contornos de la casa había sembrado por curiosidad desde hacía un año o más algunos árboles de morera, con propósito de adorno más que de utilización material. Cuando aparecieron los primeros gusanos, dispo-

nía ya de las hojas de la morera que constituye su alimentación, pero muy pronto la abundancia de las larvas fue tan grande que tuvo que recurrir al dueño de Conrogal para que le proveyera de suficiente cantidad de ramas y de hojas de morera que demandaban los insectos. En las habitaciones de la planta baja instaló pequeños compartimentos, sobre tendales, en los que colocaba ramas secas de arbustos entre las cuales distribuía las hojas de morera que comían con avidez, y luego en esas mismas ramas iban elaborando el capullo para cuya explotación echó mano de procedimientos bastante rudimentarios, previa su selección, ya que un apreciable porcentaje era destinado para que el insecto termine su período evolutivo, es decir, que la larva se transforme en mariposa que proporcionaría los huevecillos para la iniciación de un nuevo proceso evolutivo.

Cuando la morera escaseaba, hacía colocar los huevecillos en bolsas de papel periódico, las que almacenadas en canastos aireados, las enviaba a Aloguincho, sector alto del pueblo, de temperatura bastante fría, donde se mantenían latentes por espacio de algunas semanas hasta cuando hubiera cantidad suficiente de morera para la alimentación de los gusanos que aparecerían al reventar los huevecillos al retornar al clima abrigado del improvisado obraje en que terminó por convertirse la vieja casona de Puéllaro, que todavía se mantiene en pie. El ensayo inició en 1972.

Los capullos destinados a la industria, eran colocados en unas latas para cocer el pan, o en escudillas o lavacaras de hierro enlozado, que eran enviadas a los hornos de cocer pan, cuando aún conservaban temperaturas que oscilaban en torno a los 50°, una vez terminados los amasijos del vecindario: pulverizadas las crisálidas, se sumergían los capullos en pailas de agua hirviendo, y así se obtenía la seda cruda, cuyas hebras había que ir las hilando con sumo cuidado y delicadeza para lo cual hubo que utilizar mano de obra femenina. Con todo, los procedimientos no podían ser más rudimentarios. Los hilos así obtenidos se envolvían en rucas de sigse, al igual que los usados para el hilado de la lana que emplean nuestras indias. Al principio, las madejas así preparadas se las enviaba a Cotacachi, donde los expertos tinturadores y tejedores teñían el hilo y lo tejían de igual manera que la lana y el algodón, confeccionando pequeños ponchos, chalets y fufandas que resulta-

ron bastante toscos, pero de un mérito y valor intrínseco enorme. La aspereza de estos tejidos, según opinión de muchos técnicos, más que al tosco tejido se debía a las tinturas vegetales empleadas.

Uno de los envíos de seda remitidos a la población imbabureña se perdió. Por esta razón y, además, porque la producción era mayor, el Dr. Rodríguez optó por llevar a Puéllaro a tres tinturadores y tejedores indígenas de Cotacachi, con cuya presencia se completó el aspecto de verdadero obraje en que se había convertido su casa. Allí, con más ahínco e interés, continuaron confeccionando similares prendas destinadas más a satisfacer la curiosidad de muchos amigos de la capital, de quienes aspiraba a conseguir su apoyo para montar una industria tecnificada que proporcionara trabajo a los pobladores, que con fines utilitarios inmediatos.

Uno de los primeros favorecidos con los valiosos presentes del típico obraje, fue García Moreno con cuya amistad se honraba el Dr. Rodríguez desde cuando estudiante lo conoció en el convictorio de San Fernando, donde el futuro mandatario desempeñaba las funciones de bedel. El obsequio consistió en dos ponchos, uno color oro con franjas negras y otro marrón, más una bufanda.

El entusiasmo del Presidente fue grande. Por intermedio del profesor de la Politécnica, Dr. Teodoro Wolf, se envió a Alemania una muestra de la seda recogida en Puéllaro, la que fue calificada de inferior calidad a la del Japón, pero más o menos similar a la de Francia. Con estos antecedentes, García Moreno le ofreció formalmente al Dr. Rodríguez el apoyo del Estado para la importación de la maquinaria del caso, con el técnico respectivo, que reemplazaran los toscos procedimientos empleados en la naciente industria. Infortunadamente, la trágica muerte del gobernante acaecida en 1875, determinó que el bello proyecto no pasara de tal. El único apoyo que recibió fue la consecución de algunos tratados de sericicultura, y nada más. Un tanto desalentado, continuó sin embargo el cultivo del gusano de seda, pero sin poder saltar de los rudimentarios procedimientos anotados a técnicas un poco más avanzadas. Conocedor del asunto, un señor Barba, comerciante de la capital, se conectó con el Dr. Rodríguez, y resolvieron realizar un envío apreciable de seda a alguna fábrica europea, previos los informes respectivos. Parece que en 1876 se remitió a ella la considerable canti-

dad de cuatro o seis arrobas. Infortunadamente, el envío coincidió con una de las frecuentes revoluciones que interrumpían el tránsito en los fragosos caminos de entonces, de tal modo que la preciada carga terminó por perderse entre Babahoyo y Guayaquil. Contrariado con semejante desenlace y perdida la esperanza del apoyo del Estado para mejorar la industria con la muerte de García Moreno, el Dr. Rodríguez decidió abandonar el curioso ensayo, y pronto los prósperos morerales cercanos a su casa, los reemplazó con el cultivo de caña de azúcar que originó una nueva industria: un pequeño ingenio azucarero del que apenas quedan los derruidos muros. El extenso huerto frutal llamado El Chacón situado al occidente de la población, hacia el cañón del Guayllabamba, célebre por la producción de naranja y chirimoya, fue primero un rico cañaveral que proporcionaba la materia prima para el pequeño ingenio.

Uno de los recuerdos mejor grabados en la memoria de quienes conocieron la cría del gusano de seda, era el de los mariposas que no sólo cubrían las paredes interiores de la casa del Dr. Rodríguez —el convento viejo como la designaban—, en torno al patio empedrado, sino las paredes externas blanquísimas que dan a la calle, siempre bien encaladas.

El Dr. Rodríguez se honró con la amistad de distinguidos personajes, como el Dr. Pedro Fermín Cevallos, el Arzobispo José Ignacio Checa, el Dr. Luis Felipe Borja, el Dr. Alejandro Cárdenas, Monseñor González Suárez, D. Abelardo Moncayo, el Dr. Ramón Aguirre y algunos otros, muchos de los cuales fueron sus huéspedes en su escondida parroquia. Disponía de una biblioteca selecta, y entre los libros que prestaba a mi padre conocí, siquiera de nombre la Historia General de Ecuador de González Suárez, la Geografía de Wolf, cuya lectura, dada mi corta edad, la encontraba muy difícil.

POBLACION ACTUAL Y EDUCACION

Parece que el General Juan José Flores, durante su primera administración, tuvo que afrontar el grave problema de la repatriación de soldados originarios de Colombia y Venezuela que quedaron rezagados en Quito, terminado el fragor de las luchas libertarias, otorgó tierras de clima abrigado a algunos que quisieron dedicarse a la agricultura,

los cuales las obtuvieron en los pueblos de Guayllabamba, Puéllaro y Perucho donde terminaron por radicarse. Al respecto, sospecho que en Puéllaro se radicó algún soldado, o soldados originarios del Sur de Colombia, constituyendo recuerdo de este asentamiento el nombre del barrio de la entrada sur de la población, que se denomina "Túquerres", topónimo que bien pudo ser aplicado por una persona originaria de aquella pequeña ciudad colombiana.

Otro aporte poblacional fue el de muchas familias imbabureñas que después del asolador terremoto de Ibarra en 1868, trasmontaron el nudo de Mojanda en busca de algún lugar que consideraban más seguro para rehacer sus hogares. Algunas se radicaron en San José de Minas, otras en Perucho y otras, por fin, en Puéllaro. Apellidos bastante comunes en Imbabura existen también en la zona en estudio, y quienes los conservan aseguran que sus antepasados vinieron de Otavalo, San Pablo e Ibarra. En las primeras décadas del presente siglo, y quizás desde mucho antes, las poblaciones de Guayllabamba y de Perucho tenían triste celebridad sanitaria, pues se veían afectadas por el paludismo de manera endémica, determinando esta circunstancia, en parte al menos, el éxodo de su población, hasta el extremo de que la segunda parecía que estaba en trance de desaparecer. El paludismo que se creía que sólo afectaba a estas poblaciones, pronto se extendió por las playas del Cuzcú en el sector de Allobuela, por ejemplo, y llegó hasta Puéllaro que era considerado como lugar de convalecencia, siendo su foco más peligroso Pinto con sus huertos y cañaverales. El terrible transmisor, el mosquito anofeles cuya hembra realiza sus ovaciones en los charcos y pantanos formados de preferencia en el fondo de las quebradas y cañadas por donde corre un poco de agua. El Servicio Cooperativo Interamericano de Salud, entre 1935 y 1955, efectuó una campaña bien planificada de saneamiento, para eliminar, con reducidas cuadrillas de trabajadores, los criaderos del temible mosquito, con lo cual logró eliminar el mal que se había extendido por todos los lugares de clima tropical y subtropical de la región, devolviendo la confianza a las familias campesinas para que continuaran trabajando en los sectores hasta ayer infectados.

Merece especial recordación el joven médico quiteño de entonces, Dr. Jaime Ribadeneira, jefe del Departamento de la Campaña Antima-

lérica organizada y mantenida por el Servicio Cooperativo Interamericano de Salud, fallecido hace poco, que dirigió con capacidad y eficacia esa encomiable labor. Para conservar su memoria, vale la pena que el Ministerio de Salud designe con su nombre a alguno de los Centros de Salud de Puéllaro, Perucho o Guayllabamba.

El último censo, el de junio de 1974, arrojó las siguientes cifras (1º columna, y el cálculo de proyección de la población para 1980 (2º columna) el cual merece especial análisis:

Atahualpa	2.266	habitantes	—	2.278
Chávezpamba	1.091	„	—	1.421
Perucho	2.643	„	—	761
Puéllaro	4.688	„	—	5.066
S. José de Minas	7.600	„	—	8.144

El cálculo de la proyección de la población hasta fines de 1980, efectuado por el Instituto Nacional de Estadística y Censos, señala una reducción considerable para Perucho, fenómeno que no tiene explicación satisfactorias, pues el paludismo que era endémico, ha sido erradicado completamente; dispone de buenas vías de comunicación, de servicio de agua potable y de canalización, de un parque bien cuidado, de una piscina y campo deportivo que atraen a los deportistas de los poblados vecinos, y su producción frutícola magnífica, que la adquieren los visitantes, y, sobre todo, los centenares de pasajeros que obligadamente se detienen allí en su paso a San José de Minas. Pocos lugares como Perucho tienen además un clima más favorable dentro de la hoya interandina, especialmente para enfermos del corazón (1.830 m. de altitud) o de artritis, dada su acentuada sequía. Sin embargo, parece que hay una fuerte migración a otros sitios en busca de mejores oportunidades económicas, en razón de que el reducido valle no permite la expansión del poblado.

Para 1980 se ha calculado además la población clasificada por el grado de instrucción, tomando como punto de referencia los 18 años de edad, porque se supone que el individuo que hasta esa edad no ha ingresado a la escuela, ya no lo hará nunca. Sólo las campañas de alfabetización es posible que lo rediman de la ignorancia.

	De 18 años y más	Alfabeto	Analfabetos
Atahualpa	1.123	790	833
Chávezpamba	687	495	192
Perucho	346	261	85
Puéllaro	2.386	1.728	658
S. José de Minas	3.924	2.629	1.295

El elevado porcentaje de analfabetos se debe en gran parte a la dispersión de la población y a las precarias condiciones económicas en que se debate principalmente la gente que mora en los anejos, pese a la circunstancia de que ahora en apreciable número son pequeños propietarios debido a la parcelación de las antiguas haciendas. Exigen desde muy temprano el concurso de los pequeños para el cuidado de sus hermanos menores y de los animales, negándose con frecuencia a enviarlos a la escuela.

El Ministerio de Educación ha realizado una amplia labor de difusión educativa en toda la zona, dotándola de numerosas escuelas aun en los apartados caseríos, así como el Consejo Provincial que se preocupa por la dotación y mejoramiento de los locales escolares, pero aun dado su inmenso valor, no basta... Lo primero y fundamental, pienso, es apoyar a esos padres de familia para que acrecienten en alguna forma sus magras entradas que les permitan elevar sus sus condiciones de vida casi infrahumanas, y dejen de ocupar a sus hijos en aquellas labores.

Para atender los requerimientos de la educación media a la que justamente aspiran centenares de jóvenes de ambos sexos que han terminado el ciclo primario, funcionan tres colegios en la zona: uno en San José de Minas, el más numeroso, de carácter técnico, con la rama agro-industrial; el de Puéllaro, Técnico-Industrial, con la especialidad Metal-Mecánica, y el de Atahualpa, con el ciclo básico. Al de Puéllaro concurren diariamente 10 o más estudiantes de Perucho cuyos padres tienen contratada una camioneta para su seguro transporte que hoy es rapidísimo, gracias al corto tramo de la magnífica carretera construida por el Consejo Provincial, la cual pronto será asfaltada.

La influencia social y cultural de estos planteles educativos en las respectivas comunidades es evidente, pero en tanto éstas no ofrezcan

oportunidades de trabajo a los jóvenes que se gradúan de bachilleres, su éxodo a la capital es inevitable.

Muchos, especialmente de San José de Minas y de Puéllaro, cursan estudios universitarios en Quito, habiéndose graduado aun antes de la creación de los mencionados colegios, en número apreciable, de médicos, abogados, ingenieros, profesores de Educación Media o de Oficiales de las Fuerzas Armadas, pero desafortunadamente, su preparación superior, en poco o nada ayuda al mejoramiento de la comunidad de donde salieron. Algunos, desde su niñez en que se ausentaron, nunca han retornado ni siquiera en plan de visita, a la tierra natal.

El Ministerio de Agricultura mantiene granjas experimentales en San José de Minas y Puéllaro, pero los técnicos a quienes se les ha encomendado, poco o ningún influjo ejercen en las actividades agrícolas, frutícolas o ganaderas de la región. La de Puéllaro, por ejemplo, nada ha hecho para introducir nuevas técnicas de poda y de injertación, y, sobre todo, para combatir las bacterias que atacan las raíces de los árboles frutales. Si algo han mejorado los huertanos progresistas, se debe a su propia iniciativa y a las recomendaciones de alguien que conoce por experiencia, pongamos por caso, las bondades del empleo de ciertos insecticidas y de algún abono especial.

La energía eléctrica que hoy proporciona la Empresa Eléctrica Quito durante las 24 horas del día, ha contribuido decisivamente al relativo progreso de los pueblos de la región, de tal modo que se ha generalizado el uso de televisores y de artefactos eléctricos, incluso ha permitido la instalación de algún taller metal-mecánico que elabora puertas de hierro, ventanas y estructuras para la cubierta de los planteles avícolas, reemplazando a la madera.

Igualmente, el servicio de agua potable y de canalización constituyen un invaluable beneficio para la salubridad y las buenas costumbres, provisto, de consuno, por el Municipio capitalino y el Consejo Provincial. San José de Minas, Puéllaro, Perucho y Atahualpa cuentan con magníficas piscinas. Infortunadamente, la de Puéllaro, debido al cada día más creciente consumo de agua por la instalación de tantos planteles avícolas, no alcanza para proveerla a la piscina desde bastante

tiempo atrás, privado así al pueblo de uno de sus mayores atractivos. Con un esfuerzo más decidido del Consejo Provincial que tomado a su cargo el problema, todos confían en que se hará realidad la obtención de unos litros por segundo, del apreciable caudal adjudicado a los parceleros de La Merced y a los propietarios de El Chacón, para ponerla nuevamente en servicio. Puéllaro lo demanda vehementemente, pues el baño de natación resulta imperioso en ese clima de temperatura ardiente al medio día, especialmente para los deportistas que ejercitan con pasión el foot-ball y para los turistas que lo visitan los domingos y días festivos, gracias a la carretera cuyo asfaltado lo ha iniciado ya el Consejo Provincial, a partir del Pisque, acortando en no más de una hora su recorrido desde la salida de la Capital.

CARTILLAS DE DIVULGACION

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

- 1 Aquiles Pérez: Las Culturas Aborígenes en la República del Ecuador
- 2 Francisco Terán: Nuestras lagunas andinas; Historia y Geografía
- 3 Emilio Uzcátegui: Desarrollo de la educación en el Ecuador
- 4 Gustavo Vásconez H.: Cartas de Bolívar al General Juan José Flores;
Historia y Antihistoria
- 5 Luis Andrade Reimers: Materiales históricos para el Pacto Andino
- 6 César Vicente Velásquez: El reverso de la guerra entre Quito y el Cuzco
- 7 Eduardo Martínez: Intervención del Gobierno de Alfaro en la guerra
de los Mil Días
- 8 Plutarco Naranjo: Semblanza de Montalvo
- 9 Marco A. Bustamante: Ecuador país tropoandino
- 10 César Vicente Velásquez: El enigma histórico de Cajamarca
- 11 Emilio Uzcátegui: Reflexiones sobre nuestras grandes efemérides
- 12 Aquiles R. Pérez: Rumiñahui
- 13 Luis Andrade Reimers: La cada vez más increíble historia de Atahualpa
- 14 Marco A. Bustamante: La línea equinoccial en el territorio de la Repú-
blica del Ecuador
- 15 Francisco Sampedro V.: Las Cuevas de los Tayos
- 16 Luis Andrade Reimers: Las esmeraldas de Esmeraldas en el siglo XVI
- 17 Eduardo N. Martínez: Entrevistas presidenciales Ecuador-Colombia
- 18 Aquiles R. Pérez: La minúscula nación de Nasacota Puento, resiste la
invasión de la gigantesca de Huayna Cápac
- 19 Francisco Sampedro V.: El problema geográfico geomorfológico del Ce-
nepa
- 20 Ricardo Alvarez: Bolívar y Manuelita Sáenz; aspectos biográficos, episo-
dios románticos y anécdotas
- 21 Emilio Uzcátegui: Es gloria de Quito el descubrimiento del Amazonas
- 22 César Vicente Velásquez: Proyección Continental de la Revolución de
Agosto
- 23 Aquiles R. Pérez T.: Los Duchisela
- 24 Ing. Vicente Enrique Avila: Los sensores remotos para la cartografía
- 25 Luis Andrade Reimers: Lo que Sucre hizo por el Ecuador
- 26 27—Franklin Barriga López: Temas de Historia.
- 28 Myr. Ing., Francisco Sampedro V. Los Sensores Remotos en el Ecuador.
- 29 Emilio Uzcátegui: Eloy Alfaro, El Revolucionario Constructor
- 30 Francisco Sampedro V.: La Cordillera del Cóndor.
- 31 Emilio Uzcátegui: La Primera y la Última de Nuestras Constituciones.
- 32 César Vicente Velásquez: Se llamaba José Joaquín de Olmedo
- 33 Prof. Aquiles R. Pérez T.: Síntesis Histórica del Servicio Meteorológico
de la República del Ecuador